

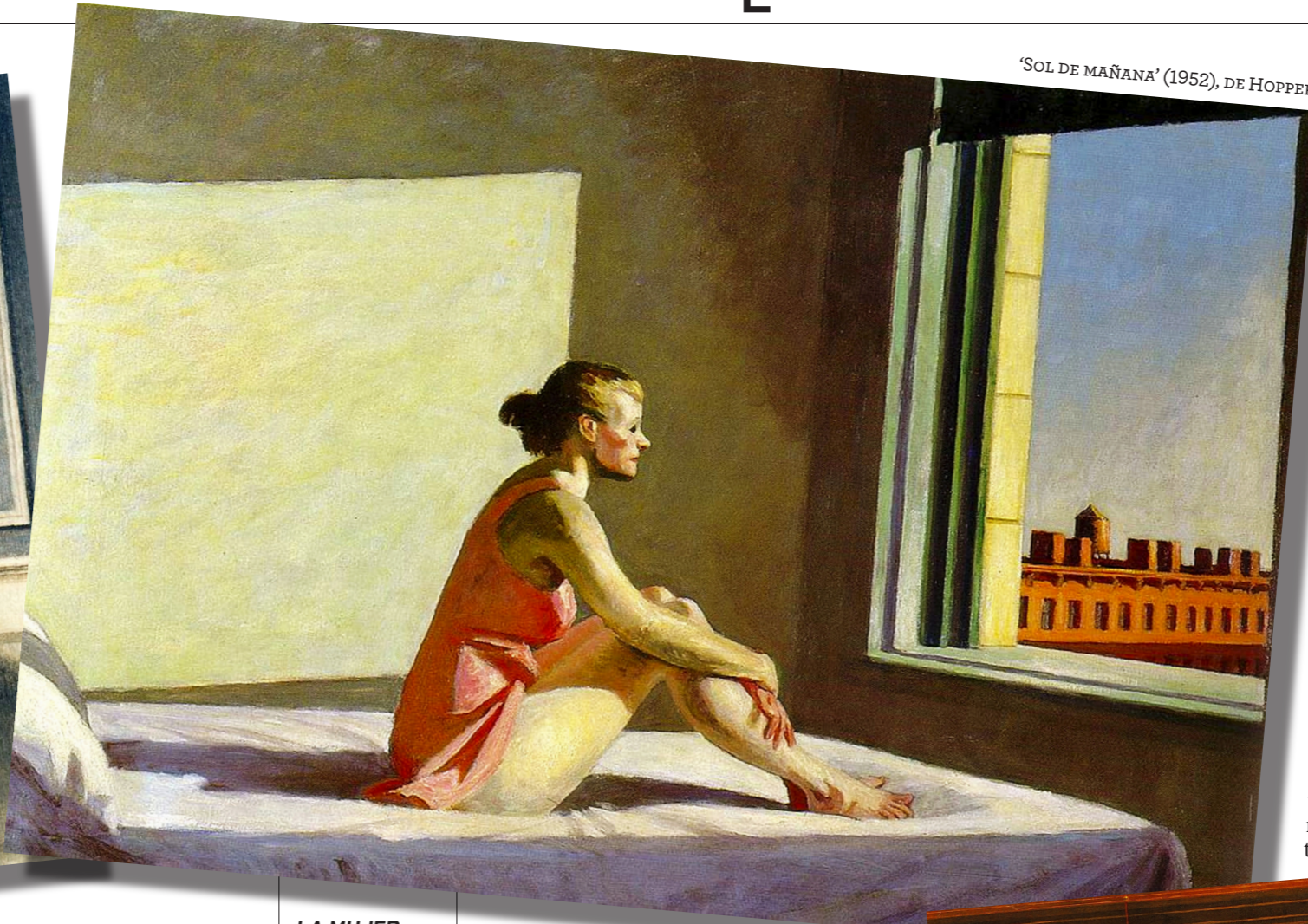
No es Morandi, es Woody Allen El delicado bodegón de jarrones blancos remite a las composiciones de Giorgio Morandi. Pero se trata de uno de los guiños pictóricos que Woody Allen cuele en sus films. Este pertenece a un fotograma de 'Interiores' (1978), que también se analiza en 'Dentro' con un paralelismo a la obra de Hammershoi



'INTERIOR CON MUJER JOVEN VISTA DE ESPALDAS' (1904), DE HAMMERSHOI.



'SOL DE MAÑANA' (1952), DE HOPPER.



El paisaje interior o la intimidad en el arte

El ensayo 'Dentro' de Charo Crego es más que un análisis de las pinturas de interiores: es un viaje filosófico y un espejo de la sociedad desde el Siglo de Oro holandés hasta la actualidad

por **VANESSA GRAELL** Una mujer lee una carta, absorta, fuera del mundo. Es un instante en el que no sucede nada más, salvo la trascendencia de esas líneas. Una mujer sola en una habitación de hotel, mirando a través de la ventana o sentada en la cama con el equipaje a su lado. Son imágenes que por sí mismas remiten a varios cuadros de Johannes Vermeer o Edward Hopper: con tres siglos de diferencia, ambos pintaron insistentemente, casi obsesivamente, ese silencio, esa soledad femenina. Aunque la Historia del Arte se divide en subgéneros como el retrato, el paisaje o el bodegón hay otra categoría aún más fascinante, de un suspense introspectivo y una tensión voyeurística: el interior. No se trata de un simple espacio vacío, sino de la representación de algo tan inasible como la intimidad.

Como si fuera un viaje filosófico a través de la pintura del Siglo de Oro holandés hasta la ac-

LA MUJER, PROTAGONISTA DE LO ÍNTIMO
 "En la representación de la intimidad se busca esos momentos de pausa, de concentración, de reflexión y esto va más unido a la mujer que al hombre, el cual históricamente se ha vinculado más con la actividad. Pensemos en las mujeres de Hopper: en esas figuras concentradas y solitarias sentadas en un tren con un libro en las manos o en una habitación contemplando la luz que entra por la ventana", explica Crego

tualidad, la ensayista Charo Crego narra otra Historia del Arte –y de nosotros mismos– en el imprescindible *Dentro. La intimidad en el arte* (Abada Editores). «Pascal dice que muchos de los males de la humanidad arrancan del hecho de que el hombre no puede quedarse tranquilo en su habitación. Esta frase me llevó a pensar que había que reflexionar sobre ese entorno, la habitación, ese lugar de seguridad e inocencia en el que el hombre debería guarecerse y no salir para no provocar esas desgracias», explica Crego desde su estudio en Bruselas, diáfano y ordenado, con las paredes llenas de libros. «Desde siempre me ha interesado la pintura de interior. Quizá mis años pasados en Holanda y después en Bélgica me acercaron a esta pintura magnífica del Siglo de Oro y a los interiores acogedores y cálidos de holandeses y nórdicos», admite. Pero *Dentro* no es un simple repaso



'INTERIOR CON MUJER TOCANDO EL VIRGINAL' (1666-1670), DE EMANUEL DE WITTE.

te no consiste en crear objetos: pinturas, esculturas, instalaciones, obras formales más o menos bellas. Cuando al final del siglo XX y a principios del XXI el arte empieza a jugar con el concepto de intimidad lo hace porque la frontera entre lo público y lo privado se ha convertido en algo difuso y la intimidad en un tema problemático», expone Crego, doctora en Filosofía y autora de varios ensayos sobre las vanguardias. *Dentro* es más que un libro académico o una original contrahistoria del arte; cada capítulo se

de pinturas de interior. Al introducir el concepto de *intimidad* como hilo conductor adquiere una dimensión filosófica, incluso psicológica, casi de resistencia en un siglo donde la intimidad se ha desvanecido en posts de Instagram y Facebook, y las redes sociales convierten en espectáculo lo que antes era privado. «A través de la representación de la intimidad, el arte nos habla del mundo y de nuestra sociedad. El ar-

lee como un misterio, el que encierran los propios cuadros o los artistas, como el espejo de una época concreta y una sociedad: «Hopper disecciona en sus cuadros la sociedad de masas y la industria turística. Y las acciones de la francesa Sophie Calle no se pueden entender sin *Gran Hermano* y otros productos de la telerrealidad», señala Crego. **En la casa holandesa.** En *Dentro* el viaje empieza en una casa austera y cálida, con vigas en el techo, suelo de damero, cortinas de terciopelo y un mapa en la pared: el interior típico holandés del XVII. «Aunque tanto en la pintura antigua como medieval y renacentista se compusieron interiores de cierta complejidad, fue, sin duda, en las siete provincias independientes de los Países Bajos donde surgió y se consolidó el interior como género pictórico», reivindica la autora.

Los holandeses inventaron la intimidad. Se apartaron de las escenas mitológicas, históricas y religiosas para retratar lo cotidiano y sublimar una jarra de leche sobre la mesa o a una madre cuidando de su hijo. Ese giro hacia lo doméstico se debe al éxito del calvinismo y su iconoclastia, además de una República descentralizada de siete provincias (Flandes y Luxemburgo estaban bajo dominio español) que no necesitaba cuadros para legitimar una monarquía absoluta. En aquellos Países Bajos, con una alfabetización superior a la del resto de Europa, hasta los campesinos colgaban cuadros en sus hogares. Prácticamente un tercio de *Dentro* ocurre entre Amsterdam y Delft, con toda una galería de cuadros convertidos en *puertas* que se abren, no hacia el exterior, sino al interior, con una exquisita e insólita nómina de pintores que destacaron por su virtuosismo (De Witte, De Hooch, Dou, Fabritius...). Pero Vermeer marca un punto y aparte. Va más allá. Es el único capaz de crear esa atmósfera, esa luz, esa «estética del silencio» como la define Barthes. «Posee este ras-►

► go que le acerca tanto a lo moderno: sus contenidos siempre están implícitos, ocultos, alejados de la anécdota y de lo pintoresco. Hablan más por lo que nos muestran que por lo que nos dicen», analiza Crego.

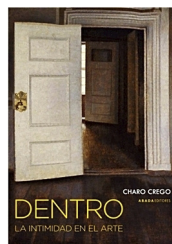
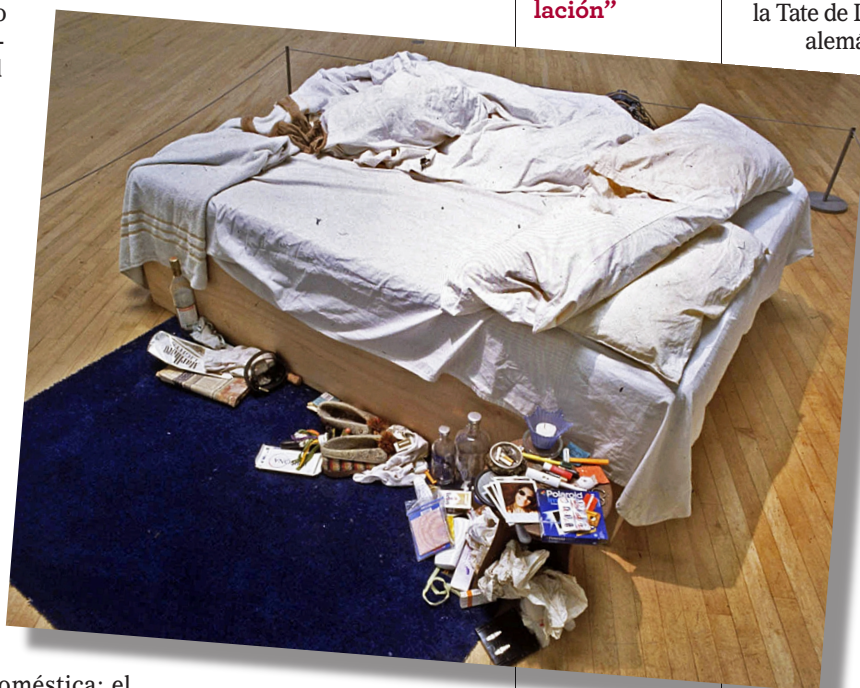
A pesar de los siglos, hay un hilo entre Vermeer, el danés Wilhelm Hammershoi, Hopper y los *a priori* diferentes Edgar Degas, Pierre Bonnard o la *troupe* de los surrealistas. «La intimidad es la pieza que arma el puzle», indica Crego, que dedica un capítulo exclusivamente a Hammershoi, cuyas pinturas de interior suponen un tercio de su producción, cercana a las 370 obras. «La gama de colores es limitada, pero ya aparece esa falta de definición o efecto difuminado o borroso de las superficies pictóricas, que dan a los interiores de Hammershoi un tono íntimo, pero frío», escribe la autora. Esa frialdad tan nórdica, acorde a la literatura de Ibsen, Strindberg y Hamsun, desprende una sensación perturbadora. «Hay algo de intuitivamente desasosegante en esos cuadros tan bellos; sobre todo, en la serie de pinturas en las que Hammershoi dejó los interiores vacíos», añade.

‘La toilette’.

En el siglo XX irrumpió una nueva estancia doméstica: el baño. Artistas como Degas y Bonnard pintaron una y otra vez desnudos en la bañera, pero no desde un punto de vista erótico. Degas lo hacía desde una osadía radical, tanto formal como conceptual, cercana al naturalismo (los críticos de la época compararon la pose de sus mujeres lavándose en una tina con una estatua gótica o un batracio, tal era su modernidad). «Son retratos de la intimi-

dad en el espacio de la intimidad», asegura Crego. En sus últimos años, Bonnard intensificó el juego de los reflejos sobre el agua de la bañera, abriendo así el camino hacia la abstracción.

El no lugar. Moteles, estaciones de tren, oficinas en la gran ciudad, bares en la noche... Nadie como Hopper ha captado esa vida moderna. Y su soledad. «Inauguró el género de los interiores de los no lugares. Retrató la impersonalidad, la frialdad y las asperezas de esos lugares que fueron surgiendo en la sociedad del siglo XX», apunta Crego, que repasa las principales obras de Hopper y sus viajes por Estados Unidos en su Buick, sus paseos nocturnos por Nueva York que tantas escenas le sugirieron... Escenas que a su vez inspirarían a cineastas co-



CHARO CREGO DENTRO. LA INTIMIDAD EN EL ARTE

Abada Editores.
328 páginas.
122 ilustraciones
a color. 32 €

“Las redes sociales y la telerrealidad convierten la intimidad en espectáculo. El arte va a dar diferentes respuestas, desde la ironía a la manipulación”

‘MY BED’ (1998), LA INSTALACIÓN DE TRACEY EMIN QUE LLEVA MÁS DE 20 AÑOS GIRANDO POR MUSEOS.

caba a sí mismo (*I’m after ME*), contestó en una entrevista al crítico Brian O’Doherty).

Cama y espectáculo. Si los surrealistas llevaron los interiores al terreno onírico y de la psique, los artistas contemporáneos han transgredido el marco de la pintura para materializar y desacralizar la intimidad, tornándola espectáculo. Resulta significativo que *My Bed* (1998) inaugurara el siglo XXI: después de cuatro noches étlicas y de excesos, Tracey Emin convirtió su cama en una instalación con botellas de vodka vacías, paquetes de tabaco, preservativos usados, ropa interior sucia...

Enfant terrible del grupo de los Young British Artists en los 90, la obra de Emin ha dado la vuelta al mundo y se expone en la Tate de Londres (un industrial alemán la adquirió por 2,4 millones de libras y la dejó en depósito). «En el nuevo milenio, las redes sociales y la telerrealidad han convertido la intimidad en espectáculo. El arte va a dar diferentes respuestas a este espectáculo, con ironía o con emoción, manipulándolo o reinterpretándolo», concluye Crego, que cierra *Dentro* con la *Cama-ascensor* (2017) que el alemán Carsten Höller instaló en el Centro Botín de Santander y en la que los visitantes podían pasar la noche, previo (y alto) pago.

Si en 1794, Xavier de Maistre publicó el mítico *Viaje alrededor de mi habitación*, Charo Crego ha emprendido otra travesía, saltando de habitación en habitación (y de baño en baño), de siglo en siglo. *Dentro* es su particular, y a la vez universal, mapa a través de la geografía de la intimidad.

Si en 1794, Xavier de Maistre publicó el mítico *Viaje alrededor de mi habitación*, Charo Crego ha emprendido otra travesía, saltando de habitación en habitación (y de baño en baño), de siglo en siglo. *Dentro* es su particular, y a la vez universal, mapa a través de la geografía de la intimidad.